



Condé, Maryse. "Retrato de familia" y "Camino a la escuela".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2018, vol. 7, n° 13, pp. 205-210.

Retrato de familia¹

Maryse Condé

Si alguien les hubiera preguntado a mis padres su opinión sobre la Segunda Guerra Mundial, habrían respondido sin dudar que se trataba del período más sombrío que conocieron. No por la Francia partida en dos, los campos de Drancy o de Auschwitz, el exterminio de seis millones de judíos ni todos esos crímenes contra la humanidad que no han terminado de ser saldados, sino porque durante siete interminables años habían sido privados de lo más importante para ellos: sus viajes a Francia. Como mi padre era un ex funcionario y mi madre seguía en ejercicio, se beneficiaban regularmente de vacaciones "en la metrópolis" con sus hijos. Para ellos, Francia no era para nada la sede del poder colonial. Era verdaderamente la madre patria y París, la Ciudad Luz, que era la única capaz de dar brillo a su existencia. Mi madre nos llenaba la cabeza con las descripciones de las maravillas del Carreau du Temple y del mercado Saint-Pierre, con la Saint-Chapelle y Versalles por encima de todo. Mi padre prefería el Museo del Louvre y la discoteca la Cigale, a donde acudía de muchacho para desentumecer las piernas. Así, desde mediados de 1946, volvieron a tomar con gran placer el transatlántico que debía conducirlos hacia el puerto de Havre, primera escala en el camino de regreso al país de adopción.

Yo era la más chiquita. Uno de los relatos míticos de la familia concernía mi nacimiento. Mi padre ya tenía 63 años. Mi madre acababa de festejar sus 43. Cuando dejó de ver su sangre, pensó en los primeros síntomas de la menopausia y corrió a ver a su ginecólogo, el doctor Mélas, que la había asistido en sus partos siete veces. Después de examinarla, explotó de risa.

—Me dio tanta vergüenza, contaba mi madre a sus amigas, que durante los primeros meses del embarazo me sentía madre niña. Intentaba esconder el vientre.

Aunque agregara cubriéndome de besos que esa hija tardía sería su bastón de la vejez, al escuchar esta historia experimentaba cada vez la misma pena: yo no había sido deseada.

Hoy me represento el espectáculo poco frecuente que ofrecíamos, sentados en las terrazas del Barrio Latino en el París moroso de la posguerra. Mi padre antiguo seductor de porte orgulloso, mi madre cubierta de suntuosa bijouterie criolla, sus ocho hijos, mis hermanas con las miradas gachas, engalanadas como relicarios, mis hermanos adolescentes, uno de ellos ya en primer año de medicina, y yo, nena terriblemente malcriada, la mente precoz para su edad. Sus bandejas en equilibrio por encima de la cadera, los camareros revoloteaban alrededor de nosotros colmados de admiración como moscas en la miel.

—¡Pero qué bien hablan francés!

¹ Ambos cuentos fueron extraídos de *Le cœur à rire et à pleurer: souvenirs de mon enfance* de Maryse Condé © Robert Laffont, París, 1999. La traducción pertenece al Dr. Francisco Aiello.



Mis padres recibían el cumplido sin protestar ni sonreír y se limitaban a asentir con la cabeza. Apenas los camareros nos daban la espalda, nos tomaban como testigos:

—Sin embargo, nosotros somos tan franceses como ellos, suspiraba mi padre.

—Más franceses, incrementaba mi madre con violencia. Agregaba a modo de explicación: Nosotros somos más instruidos. Leemos más. Muchos de ellos nunca salieron de París mientras que nosotros conocemos el Mont Saint-Michel, la Costa Azul, la Costa vasca.

Había en este diálogo algo patético que, aun con lo chiquita que era, me afligía. Se quejaban de una grave injusticia. Sin razón, se invertían los roles. Los recolectores de propinas con chaleco negro y delantal blanco se elevaban por sobre sus generosos clientes. Ellos poseían de forma natural esa identidad francesa que, a pesar de su buen aspecto, era negada, privada a mis padres. Y yo no comprendía en virtud de qué esas personas orgullosas, satisfechas de sí mismas, notables en su país, entraban en rivalidad con los camareros que les servían.

Un día decidí cerciorarme. Como cada vez que me encontraba incordiosa, me dirigí a mi hermano Alexandre, que se había rebautizado él mismo Sandrino “para dar más americano”. Primero de su clase, los bolsillos abarrotados de notas dulces de sus chicas, Sandrino me provocaba el efecto del sol en el cielo. Buen hermano, me trataba con afecto protector. Pero no me alcanzaba con ser solamente su hermanita. Enseguida olvidada apenas pasaba cerca una cintura de avispa o comenzaba un partido de fútbol. ¿Acaso él comprendía algo del comportamiento de nuestros padres? ¿Por qué envidiaban tanto a gente que, según su propio parecer, no les llegaban ni a los tobillos?

Vivíamos en un departamento de planta baja en el séptimo distrito. No era como en La Pointe donde estábamos atornillados, con candado, en la casa. Nuestros padres nos autorizaban a salir todo lo que quisiéramos y a frecuentar a los otros chicos. Por entonces esa libertad me asombraba. Comprendí más tarde que, en Francia, mis padres no tenían miedo de que nos pusiéramos a hablar *créole* o que nos empezara a gustar el *gwoka* como los negritos pobres de La Pointe.² Recuerdo que ese día habíamos jugado a la mancha con los rubios del primero y compartido una merienda de frutos secos, puesto que París aún conocía las penurias. En ese momento la noche comenzaba a transformar el cielo en colador de estrellas. Nos apresurábamos a regresar antes de que alguna de mis hermanas sacara la cabeza por la ventana y nos llamara:

—¡Chicos! Papá y mamá dicen que vengan.

Para responderme, Sandrino se apoyó contra un portal. Su figura jovial, todavía signada por los cachetes redondos de la infancia, se recubrió de una máscara sombría. Su voz se puso pesada:

—No te preocupes, olvidáte. Papá y mamá son un par de alienados.

¿Alienados? ¿Eso qué quería decir? No me permití hacer preguntas. No era la primera vez que escuchaba a Sandrino tomar sin cuidado a mis padres. Mi madre tenía pegada por encima de su cama una foto cortada de *Ebony*. En ella se admiraba a una familia negra americana de ocho hijos como la nuestra. Todos médicos, abogados, ingenieros, arquitectos. En fin, la gloria de sus padres. Esa foto le inspiraba las peores burlas a Sandrino, quien, ignorando que moriría antes de haber apenas comenzado su vida, juraba que se volvería un escritor famoso. Me escondía las primeras páginas de su novela, pero tenía la costumbre de recitarme sus poemas que me dejaban perpleja ya que, según él, la poesía no se comprendía.

² El vocablo *gwoka* (tambor) aparece en el original acompañado de un asterisco que remite a un breve glosario ubicado al final del volumen, en el cual se ofrecen traducciones al francés de algunos términos *créole* empleados a lo largo de la obra. Dejamos el término en *créole* a fin de sugerir al lector el efecto de extrañamiento que puede experimentar un lector francófono ajeno al mundo antillano. (Nota del traductor).

Pasé la noche siguiente dando vueltas y vueltas en mi cama a riesgo de despertar a mi hermana Thérèse, que dormía arriba de mi cabeza. Es que yo quería mucho a mi padre y a mi madre. Es cierto, sus cabellos con canas, las arrugas en la frente no me agradaban. Habría preferido que fueran dos juventudes. ¡Ah, que confundan a mi madre por mi hermana mayor como le pasaba a mi buena amiga Yvelise cuando su mamá la acompañaba a catequesis! Es cierto, yo agonizaba cuando mi padre coloreaba su conversación con frases en latín, que se podían encontrar, lo descubrí más tarde, en el *Petit Larousse illustré*. *Verba volant. Scripta manent. Carpe diem. Pater familias. Deus ex machina*. Sufría sobre todo por las medias de tonos demasiado claros para su piel morena que mi madre llevaba cuando hacía calor. Pero conocía la ternura en el fondo de sus corazones y sabía que se esforzaban en prepararnos para lo que ellos creían que era la más bella de las existencias.

A la vez tenía mucha fe en mi hermano como para dudar de su juicio. Por su expresión, por el tono de su voz, sentía que “alienados”, esa palabra misteriosa, designaba una calidad de enfermedad vergonzosa como la gonorrea, quizás incluso mortal como la fiebre tifoidea que el año anterior había matado cantidades de gente en La Pointe. A medianoche, a fuerza de pegar todos los indicios unos con otros, acabé por construir algo parecido a una teoría. Una persona alienada es una persona que busca ser eso que no puede ser porque no le gusta lo que es. A las dos de la mañana, al momento de conciliar el sueño, me di a mí misma un sermón confuso sobre no volverme jamás una alienada.

Como consecuencia me desperté siendo una chica distinta. De niña modelo, me volví contestadora y discutidora. Como no sabía bien a qué apuntaba, me bastaba cuestionar todo lo que mis padres proponían. Una noche en el *Opéra* para escuchar las trompetas de *Aída* o las campanitas de *Lakmé*. Una vista a *l’Orangerie* para admirar las *Nymphéas*. O simplemente un vestido, un par de zapatos, moños para el pelo. Mi madre, que no se caracterizaba por la paciencia, no escatimaba en los sopapos:

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que ha pasado por el cuerpo de esta chica?

Una foto tomada al final de esa estadía en Francia nos muestra en el Jardín de Luxemburgo. Mis hermanos y hermanas en fila. Mi padre, bigotudo, vestido con un sobretodo pelliza. Mi madre, con una sonrisa de todos sus dientes de perla, sus ojos en almendra estirados bajo su abrigo de topo gris. Entre sus piernas, yo, delgaducha, afeada por esa expresión malhumorada y fuera de quicio que iba a cultivar hasta el fin de la adolescencia, hasta que la suerte que golpea duramente a los hijos ingratos hiciera de mí una huérfana desde los 20 años.

Desde entonces, he tenido todo el tiempo para comprender el sentido de la palabra “alienado” y sobre todo para preguntarme si Sandrino tenía razón. ¿Mis padres eran unos alienados? Sin ninguna duda, no sentían ningún orgullo de su herencia africana. La ignoraban. ¡Es un hecho! En el transcurso de esas estadías en Francia, mi padre nunca tomó el camino de la rue des Écoles, donde la revista *Présence africaine* salía del cerebro de Alioune Diop. Como mi madre, estaba convencido de que solamente la cultura occidental valía la pena de existir y se mostraba agradecido hacia Francia, que le había permitido obtenerla. A la vez, ninguno de los dos experimentaba el mínimo sentimiento de inferioridad a causa del color de su piel. Se creían los más brillantes, los más inteligentes, la prueba a la enésima del avance su Raza de los Grandes Negros.

¿Era eso ser alienado?

Camino a la escuela

Debía tener trece años. Otra vez una estadía en la “metrópolis”. La tercera o la cuarta desde el final de la guerra. Yo estaba cada vez menos convencida de que París fuera la capital del universo. Pese a la existencia pautada con mucha precisión que llevaba en La Pointe, la extrañaba abierta sobre el azul de la dársena y del cielo. Me lamentaba por Yvelise, mis compañeros del liceo y nuestras deambulaciones bajo el reloj de arena de la plaza de la Victoire, única distracción que se nos permitía hasta las seis de la tarde. Porque, entonces, la oscuridad se instala y, según mis padres, podía pasar cualquier cosa. Salidos de más allá del canal Vatable, negros de sexo voraz podían acercarse a las vírgenes de buena familia y agraviarlas con palabras o gestos obscenos. En París me lamentaba también de las cartas de amor que, a pesar de las barreras alzadas a mi alrededor, los chicos lograban deslizarme.

París, para mí, era una ciudad sin sol, un encierro de piedras áridas, una maraña de metros y autobuses en los que la gente comentaba sin preocuparse por mi persona:

—¡Qué linda es la negrita!

No era la palabra “negra” que me enardecía. En aquel entonces era usual. Era el tono. Sorpresa. Yo era una sorpresa. La excepción de una raza que los blancos se obstinaban en creer repugnante y bárbara.

Ese año, como mis hermanos y hermanas habían comenzado la universidad, me desempeñaba como hija única, papel que me pesaba mucho, porque implicaba un incremento de las atenciones maternas. Asistía al liceo Fénelon, a dos pasos de la calle Dauphine donde mis padres habían alquilado un departamento. En ese colegio prestigioso, aunque austero, me había puesto, como era mi costumbre, a todos los profesores en contra por mis insolencias. En cambio, y por la misma razón, me había ganado el rango de líder y me había hecho muchas amigas. Paseábamos en banda en un cuadrilátero delimitado por el bulevar Saint-Michel, el bulevar Saint-Germain, las aguas muertas del Sena y las tiendas de arte de la calle Bonaparte. Nos deteníamos frente al Tabou, donde todavía gravitaba el recuerdo de Juliette Gréco. Hojeábamos los libros en la Hune. Nos quedábamos mirando a Richard Wright, macizo como un bronce en la terraza del café Tournon. No habíamos leído nada de él. Pero Sandrino me había hablado de su compromiso político y de sus novelas, *Black Boy*, *Native Son* y *Fishbelly*. El año escolar terminó y se aproximó regreso a Guadalupe. Mi madre había comprado todo lo que pudiera ser comprado. También mi padre llenaba metódicamente grandes baúles de hierro pintados de verde. En el liceo Fénelon, el alboroto y la pereza eran prácticas desconocidas. Sin embargo, con los programas ya terminados, se sentía en las clases como un perfume de liviandad, incluso de alegría. Un día, la profesora de francés tuvo una idea:

—Maryse, prepárenos una exposición sobre un libro de su país.

Mademoiselle Lemarchand era la única profesora con la que me había llevado bastante bien. Más de una vez me había dado a entender que sus clases sobre los filósofos del siglo XVIII estaban dirigidas especialmente a mí. Era una comunista cuya foto en la primera plana de *L’Huma* nos habíamos pasado de mano en mano. No sabíamos con exactitud lo que abarcaba la ideología comunista, oída por todas partes. Pero la adivinábamos en franca contradicción con los valores burgueses que el liceo Fénelon encarnaba ante nuestros ojos. Para nosotras, el comunismo y su diario *L’Huma* olían a azufre. Pienso que Mademoiselle Lemarchand imaginaba comprender las razones de mi mala conducta y me proponía examinarlas. Al invitarme a hablar de mi país no se proponía solamente distraerme. Me brindaba la ocasión de liberarme de aquello que, según ella, me pesaba en el corazón. Esta propuesta bien intencionada me sumergió, al contrario, en un abismo de confusión. Eran, recordémoslo, los inicios de los años cincuenta. La literatura de las Antillas aún no florecía.

Patrick Chamoiseau dormía disforme en el fondo del vientre de su mamá y yo misma nunca había escuchado pronunciar el nombre de Aimé Césaire.³ ¿De qué autor de mi país podía hablar? Corrí hacia mi solución habitual: Sandrino.

Había cambiado mucho Sandrino. Sin que supiéramos, el tumor que lo llevaría a la muerte lo carcomía malignamente. Todas sus amantes lo habían abandonado. Vivía en una soledad extrema en una habitación miserable del noveno piso sin ascensor de la calle Ancienne-Comédie. Porque, con el afán de regresarlo a los anfiteatros de la facultad de derecho, mi padre le había cortado los víveres. Subsistía con mucha dificultad por el dinero que mi madre le daba a escondidas, consumido, sofocado, sin fuerzas, redactando con tres dedos en una máquina de escribir apática manuscritos que invariablemente los editores le devolvían con fórmulas estereotipadas.

—No me dicen la verdad, reaccionaba. Son mis ideas las que les dan miedo.

Porque, por supuesto, él también era comunista. Una foto de Joseph Stalin con gran bigote decoraba su pared. Incluso había asistido a un Festival mundial de la juventud comunista en Moscú y había vuelto loco de admiración por los domos del Kremlin, la Plaza Roja y el mausoleo de Lenin. Como antes, no me permitía leer sus novelas y me esforzaba sin éxito por descifrar los títulos trazados en el reverso de las carpetas dobladas. Por mí, intentaba a pesar de todo reencontrar su sonrisa de luz y asumía de nuevo sus maneras reconfortantes de hermano mayor. Hurgamos en sus libros apilados en desorden sobre los muebles y en el polvo del piso. *Gouverneur de la rosée* de Jacques Roumain. Eso se trataba de Haití. Tendría que exponer sobre el vudú y hablar de un montón de cosas que no conocía. *Bon Dieu rit* de Edris Saint-Amant, uno de sus últimos amigos, haitiano también. Ya casi nos desesperábamos cuando Sandrino se topó con un tesoro. *La Rue Cases-Nègres* de Joseph Zobel. Eso era Martinica. Pero Martinica es la isla hermana de Guadalupe. Me llevé *La Rue Cases-Nègres* y me encerré con José Hassan.

Los que no leyeron *La Rue Cases-Nègres* quizás hayan visto la película de Euzhan Palcy basada en el libro. Es la historia de uno de esos “negros pobres” a los que tanto les temían mis padres, que creció en una plantación de caña de azúcar en el tormento del hambre y las privaciones. Mientras su mamá se mete a trabajar en casa de los *békés* de la ciudad, él es criado a fuerza de sacrificios por su abuela Man Tine, recolectora de caña en vestido acolchado por los remiendos. Su única vía de escape es la instrucción. Por suerte es

³ Sin duda la mención a Aimé Césaire (1913-2008) se trata de un homenaje, en tanto fue una figura que mereció el reconocimiento de Condé de modo explícito en distintos momentos de su vida. Asimismo muestra el profundo desconocimiento de la joven Maryse respecto de la cultura de su región, porque en los años 50 –momento en que se ubica el cuento–, Césaire ya había publicado su célebre *Cahier d'un retour au pays natal* y otros poemarios, además de la revista *Tropiques*, sin olvidar que para entonces ese autor había iniciado una carrera política, que sería muy extensa, desempeñándose ya en esos años como alcalde Fort-de-France y diputado por la Martinica ante la Asssemblée Nationale en París. En cambio, hay cierta ironía en la alusión a Patrick Chamoiseau, nacido en Martinica en 1953. Este autor captó la atención del mundo editorial, de la crítica y del público con su resonante manifiesto *Éloge de la créolité* (1989), firmado en co-autoría con Jean Bernabé y Raphaël Confiant. Condé ha sostenido una larga disputa con esa idea de *créolité* y en particular con la figura de Chamoiseau (nótese, de hecho, que durante nuestra entrevista publicada en este mismo número de la revista rescata la obra de Confiant cuando le preguntamos por autores caribeños que le interesan). Basta consultar la entrevista que Condé concedió a Paola Ghinelli, a lo largo de la cual le cuestiona la voluntad de construir modelos definitorios y la permanencia en la isla natal, lo que para la escritora guadalupeña es una enorme limitación que impide observar cómo cambia y se multiplica el mundo (véase Ghinelli, Paola. *Archipels littéraires*. Montreal, Mémoire d'encrier, 2005). Esta última crítica, ya realizada en ocasiones anteriores, es refutada por Chamoiseau en un ensayo de 1997 aludiendo a Condé mediante la expresión “una escritora de la Guadalupe”. Su planteo desestima la exigencia de los desplazamientos del escritor así como la de ubicar a los personajes de ficción en distintos puntos del Caribe o del planeta, porque esa expansión geográfica no necesariamente capta el imaginario del mundo (véase Chamoise, Patrick. *Lettres créoles*. París, Gallimard, 1997). (Nota del traductor).

inteligente. Es aplicado en la escuela y se prepara para convertirse en un pequeño burgués en el momento preciso en que muere su abuela. Lloré sin consuelo al leer las últimas páginas de la novela, las más bellas que a mi juicio haya jamás escrito Zobel.

“Eran sus manos que me aparecían sobre la blancura de la sábana. Sus manos negras, hinchadas, endurecidas, agrietadas en cada pliegue, y cada grieta con la incrustación de un barro imborrable. Dedos encostrados, desviados en todas direcciones; en el extremo desgastados y reforzados por uñas más espesas, más duras e informes que pezuñas...”

Para mí, toda esta historia era perfectamente exótica, surrealista. De un solo golpe caían sobre mis hombros el peso de la esclavitud, de la Trata, de la opresión colonial, de la explotación del hombre por el hombre, de los prejuicios de color, de los cuales nadie, aparte de Sandrino en algunas ocasiones, me hablaba jamás. Por supuesto sabía que los blancos no se juntaban con los negros. Sin embargo, lo atribuía, como mis padres, a su necedad y su ceguera incomprensible. Así, Élodie, mi abuela materna, estaba emparentada a blancos criollos que sentados a dos bancos del nuestro en la iglesia jamás giraban la cabeza hacia nosotros. ¡Una pena por ellos! Porque se privaban de la dicha de tener una relación como mi madre, el éxito de su generación. Yo no podía para nada aprehender el universo funesto de la plantación. Los únicos momentos en que habría podido tener contacto con el mundo rural se limitaban a las vacaciones escolares que pasábamos en Sarcelles. Mis padres poseían en ese sitio por entonces tranquilo de Basse-Terre una residencia secundaria y una propiedad bastante linda cortada al medio por el río que daba nombre al lugar. Allí, durante algunas semanas, con excepción de mi madre, siempre distante, con su cabello cuidadosamente desenredado bajo su redecilla y collar de oro al cuello, todo el mundo se hacía el campesino. Como no había agua corriente, nos frotábamos con hojas, desnudos por completo cerca de la cisterna. Hacíamos nuestras necesidades en una bacinilla. Mi padre se ponía un pantalón y una camisa dril kaki, resguardaba su cabeza con un sombrero y se armaba con un machete con el que apenas se deshacía de las hierbas de Guinea. Los chicos, locos de contentos de ventilarnos los dedos de los pies y de poder ensuciar o desgarrar nuestra ropa vieja, bajábamos rápido las sabanas en búsqueda de icacos negros y guayabas rosas. Los verdes campos de azúcar parecían invitarnos. A veces, intimidado por nuestro aspecto de pequeños ciudadanos y nuestro francés, un cultivador nos tendía respetuosamente una caña de la que desgarrábamos la corteza violácea con los dientes.

Sin embargo, tuve miedo de hacer semejante confesión. Tuve miedo de revelar el abismo que me separaba de José. Ante los ojos de esta profesora comunista, ante los ojos de toda la clase, las verdaderas Antillas eran esas de las que era culpable de no conocer. Comencé a revelarme pensando que la identidad es como un atuendo que hay que llevar, guste o no guste, quede bien o no. Después cedí a la presión y me puse el traje viejo que me había sido ofrecido.

Algunas semanas más tarde di, delante de una clase atenta a mis palabras, una brillante exposición. Desde hacía días, el vientre atravesado por gruñidos de hambre se había inflamado. Mis piernas se habían arqueado. Mi nariz se había llenado de moco. La melena ensortijada se me había puesto colorada sobre la cabeza por efecto del sol. Me había vuelto Josélita, hermana o prima de mi héroe. Era la primera vez que devoraba una vida. Pronto le iba a tomar el gusto.

Hoy todo me lleva creer que lo que llamé más tarde un poco pomposamente “mi compromiso político” nació en ese momento, de mi identificación forzada con el desdichado José. La lectura de Joseph Zobel, más que los discursos teóricos, me abrió los ojos. Entonces comprendí que el grupo al que pertenecía no tenía nada de nada para ofrecer y empecé a tomarle rabia. Por su culpa yo no tenía sabor ni perfume, una mala copia de los francesitos que frecuentaba.

Yo era “piel negra, máscara blanca” y era por mí que Frantz Fanon escribiría.